

LA ESPAÑA MODERNA

## REVISTA DE ESPAÑA

Año VI

Esta publicación ve la luz el día 1.º de cada mes, escrita por los mejores publicistas españoles. El Sr. Menéndez y Pelayo se ha encargado de la Revista Crítica y el Sr. Echegaray de las Cuestiones Científicas.

## REVISTA INTERNACIONAL

Esta nueva publicación ve la luz el 15 de cada mes, á partir del año 1894.

El objeto que nos proponemos al publicarla es el dar á conocer en correctas traducciones castellanas las obras más notables que produzca el ingenio humano de ambos mundos.

Las novelas de mayor interés que vayan apareciendo, los estudios de crítica, de filosofía, de jurisprudencia, de bellas artes, historia, ciencia, etc., verán la luz en esta publicación.

### CONDICIONES DE SUSCRICIÓN

*Lo mismo para LA ESPAÑA MODERNA que para la REVISTA INTERNACIONAL*

Cada número formará un grueso volumen que contenga tanta cantidad de lectura como cuatro tomos de los que en Francia suelen venderse á 3,50 francos.

PRECIOS: En España, sei meses, diez y siete pesetas; un año, treinta pesetas.

En las demás naciones europeas y americanas, y en las posesiones españolas, un año, cuarenta francos, enviando el importe á esta Administración en letras sobre Madrid, París ó Londres.

Todas las suscripciones deben partir de Enero ó Julio de cada año. Se suscribe en la Cuesta de Santo Domingo, 16, principal, Madrid.

DIRECTOR: J. LÁZARO

COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS

LA

# GUILLOTINA

POR

IVÁN TURGUENEF

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MADRID

LA ESPAÑA MODERNA

Cta. de Sto. Domingo, 16  
Teléf. 260.



## LA GUILLOTINA

### I

**E**n Enero de 1870, comía yo en París, en casa de uno de mis mejores amigos, cuando monsieur Du Camp me hizo una proposición inesperada: me preguntó si quería asistir á la ejecución de Troppmann, y ofreció hacerme admitir entre el número de algunos privilegiados que tenían autorización para entrar en la cárcel.

Aún no ha caído en el olvido el

---

Es propiedad.  
Queda hecho el depósito  
que marca la ley.

---

---

AGUSTÍN AVERIAL, impresor. — San Bernardo, 92.  
Teléfono 2.074



crimen perpetrado por el célebre asesino; por aquel entonces, París entero se ocupaba de Troppmann, y, mostrando interés nada más que por él, no hacía caso del nombramiento del pseudoparlamentario Ollivier, ni del asesinato de Victor Noir, muerto á manos del príncipe Bonaparte, quien fué absuelto con universal escándalo.

En los escaparates de todos los almacenes de objetos de escritorio, ostentábanse filas de fotografías de *El ilustre asesino de Pantin* que representaban un joven de frente elevada, ojos negros y labios gruesos.

Desde algunos días atrás, veíanse todas las noches *blusas* ennegrecidas por el trabajo pararse en la plaza de la Roquette, para ver si se alzaba la guillotina, y retirarse mucho después de las doce, defraudadas en su espera.

La invitación de M. Du Camp me cogió de improviso y la acepté sin reflexión. Prometí hallarme á las once

de la noche, junto á la estatua del príncipe Eugenio, en el bulevar de este nombre. Cuando llegó el momento, senti haber adquirido ese compromiso; pero era demasiado tarde para volverme atrás. Un sentimiento de falso pundonor me contuvo: ¿pensarían que he tenido miedo?

Para expiar mi debilidad, y con el deseo de que mis observaciones puedan servir á los demás, quiero contar ahora todo lo que vi; quiero evocar en mi memoria todas las penosas impresiones de aquella noche. Tal vez satisfaga así algo más que la curiosidad del lector; tal vez pueda éste sacar alguna enseñanza de mi relato.

## II

Cuando llegamos M. Du Camp y yo delante de la estatua del príncipe Eu-



genio, encontrábanse allí reunidas ya varias personas aguardándonos. Entre aquellos señores, estaba el tan renombrado jefe de la policía secreta M. Claude, á quien me presentó monsieur Du Camp. Los demás eran invitados por privilegio, como yo; en su mayor parte, cronistas ó noticieros de periódicos... M. Du Camp me anunció que pasaríamos una noche en vela en el despacho del director de la cárcel.

En invierno, las ejecuciones son á las siete de la madrugada; pero es preciso estar en su puesto antes de media noche, pues más tarde sería imposible abrirse paso á través de la compacta multitud.

Desde la estatua del príncipe Eugenio hasta la cárcel de la Roquette, hay 500 metros, á lo sumo. Aún no había nada insólito, sino nada más que una animación poco mayor que de costumbre en los bulevares; todo

el mundo se dirigía al mismo lado, y también las mujeres iban con paso menudo y rápido. Además, los cafés y pastelerías estaban aún alumbrados, lo cual no es costumbre en los barrios excéntricos de París, á una hora tan avanzada.

No había niebla; sin embargo, la noche estaba muy oscura, húmeda sin que lloviese, fría sin helar; una verdadera noche de Enero en París.

M. Claude nos advirtió que ya era tiempo de ponerse en camino, y partimos. Conservaba la sangre fría y las maneras sueltas del hombre que está ocupado en sus asuntos, y en quien esas ejecuciones no hacen nacer otro deseo sino el de despachar lo más pronto posible su quehacer.

M. Claude era un cincuentón, de estatura regular, rechoncho, de hombros cuadrados, cabeza redonda, el pelo al rape y facciones finas como una miniatura. Sólo la frente, la bar-



ba y la nuca tenían una amplitud asombrosa; revelábanse una energía, una voluntad inquebrantables en su voz seca é igual, en sus ojuelos pálidos y grises, en sus dedos cortos y fuertes, en sus piernas musculosas, en todos sus movimientos firmes y sin precipitación. Dicese que es muy hábil en su profesión y que es el terror de los ladrones y asesinos. Los delitos políticos no son de su incumbencia. Su colega M. G..., de quien me ha hablado muy bien M. Du Camp, tiene modales más refinados y el aspecto de un hombre tierno y sentimental.

Excepto esos señores, y quizá también M. Du Camp, todos nos encontrábamos á disgusto: teníamos un poquillo de vergüenza de estar allí é íbamos como renqueando muy tiesos, uno en pos de otro.

Cuanto más nos aproximábamos á la Roquette, más gente encontrábamos en el camino; sin embargo, aún

no había lo que puede llamarse una muchedumbre. No se oían gritos, ni siquiera conversaciones ruidosas;—todavía no había comenzado «el espectáculo». Muchos pilluelos daban vueltas por la plaza, con las manos en los bolsillos y la visera de la gorri-lla echada sobre la nariz; andaban con ese paso suelto y rápido que sólo se ve en París y que en un abrir y cerrar de ojos se transforma en una carrera de las más ágiles, con saltos de mono.

—¡Ahí está!... ¡Ahí está!... ¡Es él!  
—gritaron varias voces en torno nuestro.

—¿Sabe V.—me dijo de pronto M. Du Camp—que le toman á V. por el verdugo?

—El principio promete—pensé.

El verdugo de París, á quien conocí pocas horas más tarde, tiene la misma estatura que yo, y los cabellos tan blancos.



Al fin, vimos un espacio muy largo, mas no ancho en demasía, costeadado en ambos lados por dos edificios parecidos á cuarteles, ennegrecidos y de una arquitectura ramplona; uno era la casa de detenidos jóvenes; la otra, á la derecha, la casa depósito para los condenados de la cárcel de la Roquette.

### III

Esta plaza estaba ocupada en medio por cuatro filas de soldados. A veinte pasos de las primeras, había otras cuatro. Por lo común, no se requería el auxilio de las tropas para las ejecuciones; pero esta vez, á causa de lo sobreexcitado de los ánimos por el asesinato de Victor Noir, el gobierno había creído insuficiente la poli-

cia para contener á la multitud y había tomado medidas extraordinarias.

Las puertas principales de la cárcel de la Roquette daban frente á la mitad de la plaza, donde estaban los soldados. Varios sargentos se paseaban despacio por delante de la puerta; un joven oficial, de bastante estatura, con el kópis ricamente bordado, se arrojó contra nosotros con un ímpetu que me recordó el de la policía de mi patria; calmóse en seguida al reconocer á los suyos.

Entreabrióse un poquito la puerta de la cárcel, y se nos introdujo con grandes precauciones en el cuerpo de guardia. Nos hicieron una minuciosa requisita y un largo interrogatorio. Cumplida esta formalidad, se nos hizo atravesar primero un gran patio interior y después otro pequeño; nos encontramos en el despacho del director.

Dicho funcionario nos aguardaba.



Era un hombre robusto, de elevada estatura y bigotes grises, así como la perilla; tenía el rostro típico del oficial de infantería, nariz aguileña, ojos inmóviles de alimaña montaraz y un cráneo minúsculo. Nos recibió con amabilidad y á la pata la llana; pero, á pesar suyo, cada uno de sus movimientos y cada una de sus palabras, revelaban en aquel sólido moce-tón, un ciego instrumento de su amo y que no vacilaría en ejecutar la orden más feroz. Por lo demás, ya había dado pruebas de su adhesión en la noche del 2 Diciembre; él era quien había invadido con su batallón la imprenta del *Moniteur*.

Como verdadero caballero, nos cedió sus habitaciones, situadas en el segundo piso del cuerpo principal del edificio, que se componían de dos piezas bastante bien amuebladas. Una buena lumbre ardía en las chimeneas. Una galguita con una pata dislocada,

se arrastraba cojeando de una alfombra á otra y moviendo la cola; sus ojos tenían una expresión triste, cual si también se considerase prisionera.

Eramos ocho los invitados, y conocí á algunos por sus retratos fotográficos: MM. Sardou, Alberto Wolf, etc. No sentí ningún deseo de dirigirles la palabra. Tomamos asiento en el salón. M. Du Camp se aproximó á M. Claude. Ya se adivinará que Troppmann era el único objeto de la conversación, el centro de todos nuestros pensamientos. El director nos hizo saber que el reo se había dormido á las nueve de la noche y aún dormía apaciblemente «con el sueño del justo»; que parecía haber presentado que se le negaría su petición de indulto; que imploraba del director que le dijese la verdad acerca de ello, y persistía siempre en afirmar que tuvo cómplices y que no quería nombrarlos. El comandante añadió que, sin duda, en

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA



el trance fatal, Troppmann tendría miedo; pero que hasta aquel momento comía con buen apetito. Troppmann no reclamaba libros.

Entre los que estábamos en el salón, algunos se preguntaban si podría otorgarse fe á las afirmaciones de ese criminal, que había dado muestras de ser un embustero de marca mayor. Refirióse de nuevo el asesinato con todos sus detalles, preguntándose qué decían los frenólogos acerca del craneo de Troppmann. Se tocó la cuestión de la pena de muerte... pero la conversación era lánguida, se discutía fríamente, sin convicciones, con gran copia de lugares comunes, y al menor pretexto se interrumpía sin propósito de reanudarla... Era imposible hablar de otra cosa que no fuese el acontecimiento de la noche, por el respeto involuntario de la muerte y por respeto á ese ser humano que estaba condenado á sufrirla. Un vago

sentimiento de inquietud pesaba sobre nosotros. No nos aburríamos; pero ese malestar indefinible, esa ansiedad devoradora, eran cien veces mas penosos que el aburrimiento... Parecía que aquella noche no iba á tener término nunca.

En cuanto á mí, sólo sentía una cosa, y es que no tenía derecho á encontrarme en el sitio donde á la sazón me hallaba; que mi presencia en semejante lugar no podía justificarse por ninguna consideración psicológica ni moral.

M. Claude se reunió con nosotros después de un rato de ausencia y se puso á explicarnos cómo se le había escurrido de entre las manos el famoso Jud, pero que no perdía la esperanza de volverle á pescar, como aún estuviese vivo.

De pronto, se oyó un pesado ruido de ruedas; y algunos minutos después nos anunciaban que la guillotina acababa de llegar.

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE ALFONSO XIII



Acudimos en seguida á la calle, como si nos corriese prisa verla.

## IV

Delante de las puertas de la cárcel se encontraba un furgón grande y cerrado, tirado por tres caballos; un poco detrás venía otro carromato, pequeño y bajo, de dos ruedas, como un cajón largo. Este segundo carruaje estaba destinado, como supimos luego, á recibir el cadáver inmediatamente después de la ejecución y trasladarlo al cementerio.

Varios obreros con blusa corta rodeaban el carruaje; un hombre de elevada estatura, sombrero redondo, corbata blanca y un ligero abrigo echado al hombro, daba órdenes á media voz...

Era el verdugo. Todas las autoridades, M. Claude, el director, el oficial del kepis bordado, le dirigieron el saludo.

—¡Ah! Señor *Endric*. Buenas noches, señor *Endric*.

Su verdadero apellido era Heindenreich; era alsaciano.

También nos acercamos nosotros á él, y por el momento fué objeto de la atención general.

La manera de acercarse á él, decía con claridad: «No le menospreciamos, porque es V. un personaje importante.» Algunos, sin duda para mayor *chic*, le daban la mano. Verdad es que las tenía de una blancura y una belleza notables.

M. *Endric* era muy sencillo en sus modales, suave y cortés, no sin cierta gravedad patriarcal. Veíase que comprendía que aquella noche, después de Troppmann, era para nosotros el personaje más importante: el primer ministro de Troppmann.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RIVERA"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO



Los operarios abrieron el furgón, sacaron las diversas piezas de que consta la guillotina, y comenzaron á armarla á quince pasos de la puerta de la cárcel. Entonces se vieron los dos faroles moverse adelante y atrás, á flor de tierra, alumbrando con pequeños círculos luminosos los adoquines del empedrado.

Miré el reloj: apenas eran las doce y media de la noche. El aire se había vuelto aún más húmedo y más frío. Había ya una cantidad regular de gente; y detrás de las filas de soldados que formaban el cuadro en la plaza, delante de la cárcel, alzábase un largo é indefinible murmullo de voces humanas.

Me aproximé á los soldados: estaban inmóviles, un poco juntos y habían alterado ligeramente la simetría de la alineación. Sus caras no expresaban más que aburrimiento, un aburrimiento frío y resignado,

lleno de paciencia. Todos los rostros que veía yo entre los chacós, los uniformes de los soldados, los tricornios y los capotes de los agentes del orden público, todas aquellas cabezas de obreros con blusa, tenían la misma expresión de aburrimiento, con una vaga sonrisa de espera.

Más lejos, se agitaba en masa la multitud, y se empujaba; de vez en cuando, destacábase un grito agudo:

—¡Eh, Troppmann! ¡Eh, Lambert!  
¿Tendré que ir yo ahí?

Y luego un diluvio de silbidos, de empujones y de riñas para tener sitio.

El estribillo de una canción cínica se *deslizaba* serpenteando de boca en boca; de pronto alzábase una aguda carcajada que levantaba un clamoreo, y en seguida un ruido indefinible como si millares de ocas aleteasen zambulléndose. El «verdadero negocio» no había comenzado aún: no se oían los gritos antidinásticos que todo



el mundo esperaba, ni el tormentoso trueno de la *Marsellesa*.

Me aproximé á la guillotina, que se alzaba con lentitud. Un caballero de fisonomía agradable, pelo rizado y sombrero flexible de color gris, un abogado (si no me equivoco), estaba cerca y discurría con vehemencia, adelantando con ademán monótono la mano derecha con el índice separado, llevando el compás de arriba á abajo; á cada movimiento doblaba las rodillas, como abrumado por el peso de sus convicciones. Quería probar á otros dos caballeros, que estaban junto á él, que Troppmann no era un asesino, sino un maniático.

—¡Un maniático! ¡Se lo probaré á Vds.! ¡Sigán Vds. mi razonamiento—gritaban;—su móvil no era el asesinato, sino un orgullo que no tengo inconveniente en llamar desmedido!... Sigán Vds. mi razonamiento...

Los señores de gabán seguían su

razonamiento; pero, á juzgar por sus fisonomías, no estaban persuadidos. Y el obrero que armaba la guillotina le contemplaba de arriba á abajo con un desprecio no disimulado.

Entré nuevamente en el despacho del director.

## V

Varios de nuestros «amigos» estaban ya reunidos allí de nuevo. Nuestro amable huésped hizo darnos vino caliente.

Troppmann continuaba siendo el único tema de la conversación. Nos preguntábamos qué debía de experimentar á aquella hora; si el barullo de la calle subía hasta su retirada celda, á pesar del antemural de gruesas paredes que había por medio; si seguía durmiendo...